

# CAPÍTULO 1

## La *Barça* de Messi

Si indagamos un poquito en la leyenda de Barcelona, nos encontramos con dos relatos sumamente interesantes con relación a esto que venimos diciendo. Dos relatos que se refieren a dos leyendas que dan cuenta del origen de la ciudad: una es de origen romano, y atribuye la fundación a Hércules (Heracles en su versión griega) 400 años antes de la fundación de Roma; y la otra es de origen cartaginés, que otorga a Amílcar Barca, padre de Aníbal, la fundación de la ciudad, hacia el 230 a. C. con el nombre de *Barkenon*, *Barcelino* o *Barci Nova* en relación a su linaje. Esta etimología también es referida a menudo respecto a Aníbal Barca. Otra versión, relaciona ambas leyendas mediante una fundación de Hércules y una reconstrucción posterior por parte de Amílcar.

La primera versión es sin duda la más interesante:

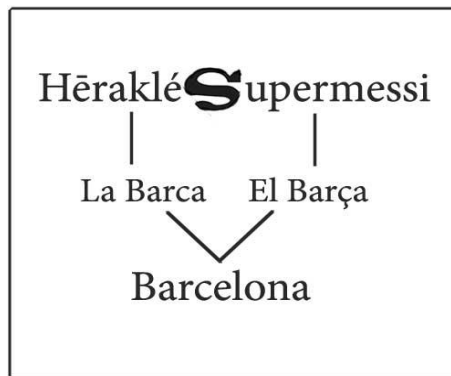
“Hércules o Héracles (en griego antiguo Ἡρακλῆς, Hēraklḗs) tras el cuarto trabajo, se une a los argonautas liderados por Jasón a la búsqueda del vellocino de oro, cruzando el Mediterráneo mediante nueve navíos. Una tormenta dispersa la flota cerca de la costa catalana, aunque consiguen reagruparse todas excepto una nave. Jasón encarga entonces a Hércules la búsqueda del noveno navío. Encontró el naufragio de la *Barca Nona* (novena) junto a una suave colina (Montjuïc). A los tripulantes les agradó tanto el lugar que con la ayuda de Hércules y Hermes fundaron una ciudad con el nombre de la Barca Nona, *Barcanona*. Esta historia representa una variación del mito original en el que el vellocino se encontraba en la Cólquida, un territorio situado en el Cáucaso y actualmente parte de Georgia. Acorde a la adaptación mitológica romana de Heracles a Hércules, se relocalizan los hechos a la vertiente occidental del Mediterráneo”.

Dejando de lado las conjeturas relacionadas con la falta de rigor histórico y arqueológico, que no es lo que aquí nos interesa ver ni tampoco el origen etimológico, que ya se encuentra muy bien fundamentado en el toponímico layetano e ibérico, lo verdaderamente sustancioso aquí es lo que se cuenta en la leyenda de origen romano, y la historia de Hércules y la búsqueda de los nueve navíos. Lo interesante de esta cuestión es que ya en el mito está el significante que busca el héroe (la “Barca Nona”, la novena) y sobre el cual se construyó finalmente la ciudad, como si fuera esa *barca* la piedra fundacional de Barcelona. Es decir que, Barcanona o Barcalona o Barcelona (y de ahí debe provenir la costura que anuda la vocal “a” y “e” con la consonante “c” (que suena como una “s”, y que, suponemos, es la que finalmente ha dado origen a la escritura de esta “ç” en catalán).

Esta singular letra “ç” (escrita con una especie de apostrofe en su parte inferior, como si la letra tuviera una tilde y estuviera invertida, que como toda acentuación intenta acentuar, afirmar

o hacer ver algo allí) es la letra que está demarcando el lugar donde está ubicada “la casa del sujeto”, o mejor aún, “el lugar donde el sujeto se encuentra como en su casa”<sup>1</sup>.

En cierta instancia del inconsciente de Messi se encuentra esta letra “ç” de Barça ejerciendo todo su poder realizante, que no es otra cosa que la letra que circunscribe un espacio y determina un lugar, que es el lugar del Otro, el lugar donde co-habitan él y su deseo de jugar. En la lengua podemos ver más claramente el encadenamiento de estos viejos términos latinos que componen el sentido. El *domus* o casa es el Barça, donde habita el *dominus*, el jugador o dueño, y donde se ejerce el *domo*, que es el acto de domar o domesticar el balón, donde puede encontrarse con el *dominatio*, que es el dominio o la dominación de sus habilidades<sup>2</sup>. Ahora bien, parece como si Messi hubiera tomado de este mito de la ciudad la letra de tres elementos, que son determinantes en la ejecución de su arte, a saber: el espacio, que se encuentra (determinado por la barca), la fuerza, otorgada por Hércules o Hēraklēs (“Ἡρακλῆς”) y la inteligencia o astucia, brindada por Hermes (“el dios de los pies alados”). De todo esto surge el material semántico que muestra cómo nuestro pequeño héroe se encuentra atravesado por el mito fundacional de la ciudad de Barcelona, es decir, el de “La Barca” donde se fundó “El Barça”.



La letra *sigma* griega (ς) de la que proviene nuestra s común, adquiere un poder significativo al encontrarse en el nombre de los héroes aquí mencionados: Heracles, Superman y Supermessi.

Parece que el inconsciente de nuestra querida Pulga encuentra su lugar y bajo su forma de partícula o apéndice debajo de la “ç” de “Barça”, y consecuentemente, viene a encarnar en este mito una parte de las virtudes de Hércules (como semidiós) y otra de Hermes (como dios). El

<sup>1</sup> Lionel ha dicho en reiteradas oportunidades que el Barcelona “era su casa”.

<sup>2</sup> Cuando un periodista le pregunta en la cancha, tras sacar al Nápoles campeón de Italia, qué significaba el Nápoles para él, Diego dice: “*Mia casa. Mia casa, seguramente*”. O como dijo Carlos Tevez cuando volvió a Boca: “La ‘Bombonera’ es mi casa”.

primero porque tiene espaldas y fuerzas para sostener la barca sobre sus hombros, como decíamos de Atlas, y Hermes porque posee la habilidad y la velocidad propias del genio alado, para abrir caminos en el césped con sus gambetas y piques cortos y desbordes de tres cuartos de cancha. Messi es un ser humano que raya con lo divino, como decía Mascherano, pues tiene los pies bien puestos en La Barca y la cabeza -y el corazón- bien alto en El Barça. Cuando el Supermessi se aleja del club para ir a la selección, el diminuto apéndice que lo representa se aparta de la “ç”, entonces las habilidades que domina quedan desarticuladas de su cuerpo. Cuando el Barça y el Súper se desenganchan, la Pulga, la que yace encarnada en el apéndice que la representa ( / ), por efecto de esta separación, cae y pierde sus poderes.



### **El Barça como es la casa del Supermessi**

Es un hecho: con la azulgrana es un semidiós, un superhéroe; y con la albiceleste apenas un héroe, un simple mortal. Alguien que se esfuerza pero no llega, y nunca alcanza. Sus adoradores se angustian y lo defienden, pero con ello no hacen otra cosa más que reafirmar la naturaleza de su humana y endeble condición. Es el pequeño dios el que nos defiende, porque nos salva, pero cuando estamos ante un dios caído, es el amor lo único que lo sostiene a él, por eso hay que ayudarlo, mimarlo y comprenderlo. Y esto funciona así porque esta pequeña vírgula debajo de la “ç” es el rasgo donde se encuentra el “súper” que lo nombra, el plus de talento que lo agiganta hasta niveles astronómicos. Los héroes de los mitos también se agigantaban con sus proezas y talentos. Incluso muchos de ellos, tras realizar bien sus hercúleos trabajos, obtenían como regalo divino la consagración definitiva en las estrellas, alcanzando estaturas colosales en los cielos. Entonces eran premiados con una constelación con su nombre, llevando su fama y gloria a los confines de la tierra. Por eso se dice que la función de los virtuosos es la de servir como puntos de referencia, aunque nadie los pueda alcanzar.

## CAPÍTULO 5

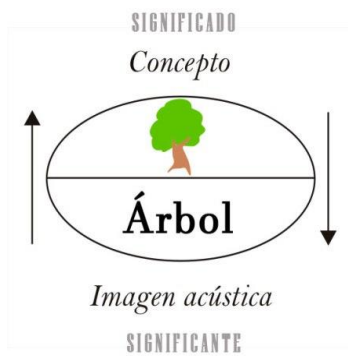
### Una letra muy singular

¿Es posible que este chico de 1,69 metros también conocido como “El Nano” haya encontrado un lugar donde poder sostenerse y desarrollarse con normalidad y, al mismo tiempo, como efecto de este crecimiento, engrandecer el nombre del club que lo representa y al que representa? Hablamos del “Barça”, claro está, una palabra que para Messi ha adquirido una dimensión bastante singular en lo que a lugar en la vida se refiere.

Nos referimos a ese lugar en el mundo que todos los sujetos neuróticos necesitamos construir para poder llevar una vida normal y relacionarnos sanamente con nuestros semejantes. Esa posición que debe construir cada quien en la vida, con cada una de sus palabras y cada una de sus acciones, para dar forma a sus propios deseos en un mundo hostil, dominado por los deseos del súper yo capitalista. Un lugar en este mundo de consumo que nos resguarde de no ser consumidos y excluidos del mismo mundo del que queremos pertenecer. Un mundo conquistado como destino, como alcanza su orilla un nadador, a fuerza de trabajo y de sacrificio, pero fundamentalmente a través de la palabra y de los tropiezos que producen las palabras, pero como dijimos, no de cualquier palabra.

Efectivamente, Messi ha encontrado su lugar en la vida. Su lugar en el mundo. Y ese lugar es el “Barça”, donde explotan al ciento por ciento sus facultades y talentos. Pero no es el club exactamente el que ha creado ese lugar sino el *nombre* del club. El nombre ha encontrado el sentido y el amparo que necesita su existencia, ya que ese espacio se haya determinado por la dimensión de la misma palabra que lo nombra y lo constituye como tal. “Barça” es entonces la palabra con la que Messi ha construido un mundo. Pero no es cualquier palabra ni cualquier mundo. Es una palabra que en psicoanálisis llamamos “significante”, por ser la que representa a él como sujeto del lenguaje. El significante es un concepto que desempeña en un papel central en la enseñanza de Jacques Lacan, el continuador de la obra de Freud. Y para tratar de explicar este concepto al lector no versado en la teoría psicoanalítica, vamos a adentrarnos muy someramente en la teoría de Saussure.

Ferdinand de Saussure es un lingüista suizo, considerado el fundador de la lingüística moderna, quien creía que había una complementariedad total entre un significado (lo que se transmite con el conjunto de sonidos) y su significante (el conjunto de palabras). Él plantea que el signo lingüístico es una unidad compuesta por la unión de un significado y un significante. La unidad lingüística, dice, es una cosa doble, hecha con la unión de dos términos, pero lo que el signo lingüístico une no es una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica. La imagen acústica no es el sonido material (una cosa puramente física) sino la huella psíquica que deja en nuestro cerebro. El signo lingüístico de Saussure es una entidad psíquica de dos caras, que puede representarse con la clásica figura.



El lingüista Saussure plantea, por ejemplo, que no hay relación alguna entre cierto sonido sibilante y la forma de la letra s. Un árbol, por ejemplo, no se llama árbol por nada en especial, su materialidad o su forma no nos dicen nada al respecto, se lo nombra así solo por una convención social donde todos admitimos su significado. El signo lingüístico es una unidad compuesta por la unión de un “significado” (la representación psíquica, la imagen del árbol con todas sus características: tronco, copa, hojas, etc.) y un “significante” (los fonemas que componen la palabra a-r-b-o-l).

El psicoanalista francés Jacques Lacan, como ha hecho con todos los conceptos que ha tomado de diferentes ramas del saber para subvertirlos y aplicarlos al discurso analítico, le dio un giro radical al signo lingüístico sobre el significante y significado, que es la piedra angular de la teoría lacaniana. Y así, entendiendo al lenguaje ya no como un sistema de signos sino como un sistema de significantes (vacíos de sentido), realizó una modificación revolucionaria en la teoría de Saussure: invirtió la posición ubicando primero el significante sobre el significado, eliminó el círculo que los rodea, y señaló que la barra que los separa es homóloga a la censura –o represión– entre lo consiente y lo inconsciente, y dijo que debajo del significante “hay... nada”, porque no es lo mismo para todos.

La teoría del significante es muy compleja en psicoanálisis, pero tal vez se pueda entender mejor si se comprende que para Lacan, el pensar está constituido básicamente por significantes que cambian continuamente de significado. Freud dice en El Chiste y su relación con el inconsciente: “Las palabras constituyen un material plástico de un gran maleabilidad. Algunas

llegan a perder totalmente su primitiva significación cuando se usan en un determinado contexto”. En un análisis, el analista le da mayor importancia al significante que al supuesto significado. Un sujeto puede usar un significante creyendo (a nivel consciente, a nivel del yo) que le está dando un significado, cuando en realidad ese significante remite –y eso es lo verdaderamente significativo- a otros significados que pertenecen al campo del inconsciente. La única definición que ha dado Lacan del significante es un tanto paradójica: “El significante es lo que representa a un sujeto para otro significante”. Los significantes son de naturaleza diferencial, y pueden ser palabras (morfemas y fonemas), pero también frases y oraciones, dichos, objetos, relaciones, actos fallidos -los que Lacan dice que son los actos más logrados del sujeto- y actos sintomáticos.

Cuando un sujeto llega al mundo viene definido por los que le han precedido (el nombre, el parentesco, la familia, sus orígenes), porque el momento en que el deseo se humaniza es allí, cuando el niño nace para el lenguaje. Por eso decimos que el sujeto que somos está urdido por la trama del lenguaje, porque nos preexiste y nos determina. Lo que el psicoanálisis viene a descubrir es que cuando una persona habla no sabe lo que dice, ya que el inconsciente solo conoce elementos significantes. De hecho, cuando Freud analiza en Psicopatología de la vida cotidiana los lapsus y los olvidos, no parte del signo; si aparece algún sentido en ellos, es porque se produce por el desplazamiento de los significantes que son, en sí mismo, un *sin sentido*.

## CAPÍTULO 9

### ¿De qué síntoma hablamos?

Partiendo de una elaboración psicoanalítica y del hecho comprobable de que *no hay sujeto sin síntoma*, vamos a expresar nuestra primera postulación sobre la hipótesis de esto que le pasa al jugador, diciéndolo así:

“La Selección Argentina es un síntoma;  
en cambio, el Barça, es su *sinthome*”.

Para entender esta fórmula, vamos ampliar el concepto de síntoma que abordamos anteriormente para diferenciarlo ahora del sentido que tiene el síntoma estrictamente médico, como podría ser una alteración del organismo o una anomalía de los órganos que pone de manifiesto la existencia de una enfermedad o un estado patológico. Diferenciamos también el signo clínico como puede ser la fiebre, el edema o el simple enrojecimiento de una zona del cuerpo, de lo que se entiende propiamente como un síntoma, como son los mareos, las náuseas, los dolores, las cefaleas, etc., etc. Pero en psicoanálisis, cuando hablamos de síntoma, hablamos de otra cosa.

En capítulos anteriores decíamos que los analistas entendemos al síntoma, a todo síntoma, al que llamamos formalmente “síntoma analítico”, como un modo de gozar, de gozar específicamente de una letra encarnada. Si hemos decidido abordar el arte de Messi desde esta perspectiva es por lo que Lacan dice respecto de él: **“Explicar el arte por el inconsciente me parece muy sospechoso, es sin embargo lo que hacen los analistas. Explicar el arte por el síntoma, me parece más serio”**.

Freud inició su investigación teórica en el campo del psicoanálisis utilizando el concepto de “satisfacción”, pero es Jaques Lacan, el gran lector de su obra –tal vez el único- quien continúa la elaboración freudiana introduciendo el término francés *jouissance* “goce”. Podríamos decir que tanto uno como el otro han planteado la originalidad de este concepto por el hecho de que nuestro deseo está constituido por la relación que tenemos los seres hablantes con las palabras. Pero debemos diferenciar del uso común del término, y no confundir el goce con un modo de sentir placer. El goce del que hablamos concierne al deseo. Pero más precisamente al deseo inconsciente, por lo que no podemos pensar esta noción vinculada a los afectos, emociones y sentimientos del yo, sino más bien con una relación con el objeto, con el objeto deseado, que pasa únicamente por los significantes inconscientes.

En el psicoanálisis el goce es lo opuesto al placer. Pues este último es el que disminuye las tensiones del aparato psíquico al mínimo nivel (lo que Freud llamó “principio del placer”) poniendo de tal manera un límite al goce. Se experimenta tensión antes de presentarse a un examen y se siente un descanso o liberación (placer) cuando se sale de ese compromiso. El goce se experimenta en el cuerpo. Se necesita de un cuerpo para que haya goce, pues es algo del orden de la tensión, del malestar, del dolor, del displacer, es decir, del forzamiento. En este sentido, el goce gasta y desgasta al sujeto, por eso decimos que es la expresión más clara de la pulsión de muerte.

J. Lacan, ya al comienzo de su primer seminario y en relación al síntoma y al yo que lo padece, lo define de una forma más compacta y a su vez más sencilla. Él dice: “todo el progreso de esta psicología del yo puede resumirse en los siguientes términos: el yo está estructurado exactamente como un síntoma. No es más que un síntoma privilegiado en el interior del sujeto. Es el síntoma humano por excelencia, la enfermedad mental del hombre”. Pero, ¿qué significa esto? ¿Por qué decimos que la selección argentina es *un síntoma* para Messi? Justamente por lo que **empezamos a ver en el capítulo anterior: porque su carrera futbolística comienza exactamente con la irrupción de un síntoma.**

La función paterna comienza a hacerse patente en la temprana adolescencia, donde se inicia esta segunda etapa del Edipo, que es la realidad psíquica del sujeto, fundamental para definir la completud de su desarrollo. Porque sin el Complejo de Edipo nada se sostiene. No es casual entonces que el **bajo nivel de hormonas** se produjera justo en esta etapa decisiva de su vida, en la que también se le jugaba el crecimiento a nivel futbolístico, donde quedara determinada su relación al padre y al deseo.

Después de las vicisitudes que vivió en su país, Lionel Messi encuentra en el club barcelonés la única motivación que le permitió continuar con su carrera: encontró el objeto de deseo. Poco tiempo después y gracias a lo que significó en su vida este cambio de discurso, consiguió crear la estructura de un nudo singular. A nivel corporal, no tardó en producirse un anudamiento entre la sustancia química y las facultades que despertó en él la camiseta del mencionado club. Pero no es la sustancia que regula la actividad del crecimiento óseo la que lo coloca a él “en otro lugar”, sino los colores de esta misma in-vestidura. Lo que lo impulsa a crecer de una manera formidable es un cambio de posición en el discurso, producido cuando la inscripción de la letra en el inconsciente alcanza, por la emergencia de un nuevo significante, una función realizante.

Pero observemos otra cosa: los dirigentes del “Millo” (los que pensaron más en su *mí* y en su *yo* que en el chico que buscaba ayuda) no se excusaron alegando que no tenían dinero para solventarle el tratamiento; la justificación fue más sencilla: “es muy costoso”. Y aunque al final hayan logrado economizar un poco sus finanzas como querían y no gastar un peso en las hormonas que ayudarían a crecer al futuro crac, a la postre, terminaron igual pagándolo muy caro. Por culpa de esta obsesiva mezquindad terminamos todos los argentinos pagando el error de unos pocos egoístas. A veces cuesta creer en esos extraños “negocios” que hacen algunos neuróticos, los que tienen un vínculo más posesivo con el dinero, cuando se hayan dominados por el miedo a perder, especialmente cuando quieren ganar a toda costa pero no están dispuestos a dar nada a cambio, porque esos son los que finalmente tampoco ganan nada. Y es triste reconocerlo, pero si nos privamos de ver crecer a la pulga en nuestro país fue simplemente por el hecho de que hubo gente a la que le pareció que para tenerlo e impulsar su desarrollo había que invertir una suma de dinero... *demasiado grande*. Y al final, demasiado grande resultó ser el precio que pagamos todos por no haberlo cuidado. A pesar de esto –qué ironía- todavía seguimos diciendo que Leo tiene una deuda con los argentinos...

Pero vayamos más lejos aún. Muchos crean que su relación con la camiseta argentina tiene que ver con una falta de interés o una falta de voluntad o, como dicen por ahí, de que gana mucho dinero, o peor aún, porque no ama la camiseta, pero esta falla sintomática en su modo de jugar es definitivamente algo que lo excede y que está más allá de sus capacidades y del empeño que le pone cada vez que viene a jugar. Si bien es cierto que Messi no cuenta demostrativamente con la misma garra que contaba Diego en su momento, ni con esa misma pasión desaforada que tenía él para defender a su selección, también es cierto que el contexto cultural y social en el que vivimos hoy en día es muy diferente al de aquella gloriosa época de saca chispas. Comprendemos que sacar a la Argentina campeón del mundo de hoy no es para los chicos de esta generación, que son millonarios, famosos y coronados de gloria, algo que les quite el sueño, porque es evidente que cuando pierden, no pierden demasiado. Tampoco podemos esperar que sea algo primordial para sus vidas o que vivan cada partido como si fuera una lucha de gladiadores, como nos pasó cuando jugamos contra los ingleses, que era una batalla de vida o muerte (deportivamente hablando). Y si bien es verdad que este síntoma con los colores patrios es una cuestión con “la



falta”, no es exactamente con la falta de pasión o de interés, sino con otro tipo de falta: con la falta de un registro y a nivel del inconsciente.

## CAPÍTULO 12

### La hormona milagrosa

Gran parte de los argentinos creen que la solución de la selección es Messi, cuando en realidad también es el problema. Pero si el problema es Messi, como todos suponen, entonces también es la solución. Este giro que no es ni banal ni antojadizo, lleva en sí mismo una diferencia que nos lleva a pensar a la inversa, porque a decir verdad la solución tampoco es Messi; la solución está *en* Messi, que es distinto. Porque en todo caso él nunca fue el problema; él es el síntoma, el nudo del problema.

Como lo hemos dicho al comienzo, no es nuestra pretensión hacer aquí un análisis del jugador en el sentido estricto o formal de la expresión, sin embargo podemos a través de sus letras inconscientes hacernos una idea bastante acabada de lo que se trata y encontrar, más allá del síntoma evidente, el paradigmático “nudo de la verdad”.

Lacan llama síntoma a todo aquello que viene del real. Y el real es todo aquello que no anda, que no funciona, eso que hace imposible que el talento de Messi ande al ciento por ciento con la escuadra argentina. Veremos entonces cómo su trastorno de crecimiento encontró su resolución cuando en las arcas del club español le dieron su nombre de bautismo y se curó. Los hinchas que lo aman piensan que el jugador no sabe nada sobre el vínculo que ha forjado con la selección y creen que no es responsable de lo que le pasa allí, pero están equivocados: sabe. Y sabe mucho más de lo que él cree que sabe sobre lo que causa su deseo y su síntoma inconsciente. Porque es igual que lo que pasa con el inconsciente freudiano –como decía Lacan- porque esa es su verdadera definición: “no sabe que lo sabe”.

Sabemos que el cuerpo es imagen. ¿Pero cómo es la relación que tiene el hombre con su cuerpo? O mejor aún. ¿Cómo pudo la Pulga curarse de su síntoma? El lazo que el hombre establece con su cuerpo depende de la creencia, de que él cree que tiene un cuerpo que es suyo y que lo tiene como se tiene un auto o una casa. Pero poco sabe el sujeto sobre este cuerpo que lo habita casi como si fuera ajeno a él. No hay porqué asombrarse por esto. Lacan dice que el neurótico, no conforme con creer que tiene un cuerpo, encima cree que tiene un alma.

La razón por la que sostenemos que el síntoma del rosarino no se relaciona directamente con su talento es porque hay algo que atañe a las vicisitudes de su historia personal y al modo en que quedó estructurado su fantasma, es decir, a esa particular forma de ubicarse frente a la demanda del Otro. Si sus habilidades pierden eficacia es por esta misma posición de objeto que tiene el sujeto frente al deseo del Otro. Deseo que en un punto se confunda con la demanda. Y pensar que todo comenzó cuando sus padres descubrieron que algo en su hijo no estaba

desarrollándose con normalidad. Cuando su baja estatura fue la luz roja de que algo andaba bien. Más exactamente, el día que los médicos confirmaron la sospecha de que “algo le faltaba”.

A partir del Seminario 23 a Lacan no le basta pensar al cuerpo desde la estructura significante, y en el último tramo de su enseñanza comienza a pensar que el significante es “causa de goce”. Bajo nuestra perspectiva psicoanalítica, la falta de esa “cosa” que los médicos entendieron finalmente como “hormona” no es otra cosa que la palabra misma, aunque no es cualquier palabra, sino esa palabra que entró como un parásito en su cuerpo y produjo goce. Ese mismo goce que, ya sea por la vía del síntoma o del sinthome, le ayudó al sujeto Messi a ser quién es.

El momento más clínico de nuestro ensayo, si podemos decir así, lo ubicamos en el relato de su adolescencia, en dos momentos particulares; primero cuando mostró los primeros indicios de la falta de hormonas, y segundo, en el posterior episodio del rechazo, cuando el club de la banda se negó a hacerse cargo de su paternidad futbolística. Sólo más tarde encontraría el semblante adecuado con el cual direccionar lo traumático de esa demanda hacia un horizonte más prometedor y menos angustiante. El resultante de este nuevo ensamblaje dio lugar al emergente Supermessi, ya no como un lugar vacío y falto de goce (como lo fue su antecesor Pulgarcito) sino como un ser que juega, ríe y goza. La idea de pensar al goce desde el cuerpo y el cuerpo como un lugar de goce, organizado fantasmáticamente, nos permite entender lo que ocurrió con la falla del nudo de un modo muy preciso, y la forma en que posteriormente fue corregida. Pero veamos qué fue lo que sucedió.

**A raíz de los elementos que hemos esclarecido hasta aquí intentaremos dar una respuesta a este fenómeno de la falta (de la falta de hormona). Para comprender las vicisitudes de un cuerpo que se presenta agujereado desde el comienzo, trataremos de vislumbrar el sentido que tiene aquí esta falta aportada por el lenguaje, en su anclaje con el significante primordial, durante esa etapa tan particularmente crítica del desarrollo humano que se conoce como “edad del crecimiento”.**

Nos adentramos aquí brevemente en aguas divididas, en un terreno polémico. Hay algunos psicoanalistas -muchos de ellos lacanianos- que consideran que la estructura psíquica del infante “cierra” ya en la primera vuelta del Edipo, y sostienen que el fantasma infantil es exclusivamente definitorio de la posición deseante para el resto de la vida del sujeto. Sin embargo hay otros colegas que sostienen una hipótesis distinta, la que vincula la finalización de dicho proceso con el trabajo de reescritura, que se realiza posteriormente en el análisis de un adulto. Nos inclinamos conceptualmente por la segunda teoría (y no casualmente) pues es la que afirma que recién en la adolescencia el fantasma del neurótico adopta su forma definitiva, justo durante la etapa en la nuestro menudo campeón atraviesa este problema para crecer.

En esta etapa del desarrollo, que es principalmente una época de cambios, cambios relacionados con el aspecto biológico, psicológico, sexual y social, el organismo mantiene cierta

estabilidad en el proceso de transformación del niño en adulto que sigue un modelo o patrón de crecimiento que está regulado por lo inconsciente. Si por alguna razón esta regla a la que están ordenados los cuerpos se transgrede y, a causa de ello, se ve interrumpido su normal funcionamiento es porque ese cuerpo no está atravesado por la castración, como decimos nosotros, por la ley que articula lo simbólico, es decir, por el padre o la función que él desempeña en la estructura del sujeto. El crecimiento durante la adolescencia parece ser similar en todos los casos, y si todas las personas nos desarrollamos de una manera más o menos parecida es por una simple razón: hay una ley operando en la norma. De allí que, si por alguna razón no hay una norma que regule este proceso desde la ley, tampoco hay cuerpo, en el sentido en que lo entiende el psicoanálisis<sup>3</sup>. Este sería el caso de un cuerpo que no tiene cuerpo. Un cuerpo exceptuado de la ley.

En este punto exactamente es donde se produce la falla del nudo. El síntoma que dará sentido a la función del nombre del padre y que, por esta misma anomalía, terminó encontrando su lugar nada menos que en el diminutivo con el que Lionel comenzó a ser conocido. La inconsistencia del nudo no tardó en reflejarse en el espacio corporal. Y desde entonces la dimensión simbólica que tomó del lenguaje ese cuerpo, afectado por la falta, hizo que con la inscripción del famoso apodo, su osamenta pasara a ser una cosa del tamaño de un insecto de 3 mm de longitud, que no pedía más que crecer<sup>4</sup>.

¿Pero qué fue lo que le ocurrió a Messi realmente y por qué vía nosotros podríamos aquí dar cuenta de eso? ¿Qué le sucede a un sujeto cuando pasa por las consecuencias de una falta? Para simplificar: ¿qué sabe uno ciertamente de lo que le pasa a su cuerpo? Lo que sabemos es que lo que le pasa al cuerpo es ajeno al sujeto. Y en el caso de Messi sabemos una sola cosa con certeza: que en el comienzo y a partir de una falta primordial no hubo más que una sola cosa que no pedía más que crecer, aumentar y desarrollarse indefinidamente. Ya el sólo hecho de que ese cuerpo haya tenido en su comienzo una falta, la falta de un significante alrededor del cual debió organizarse todo en su vida es completamente sospechoso para nosotros, que somos analistas, justamente por esta deficiencia inicial.

---

<sup>3</sup> Recordemos que Norma proviene del latín y significa “escuadra”, que es sinónimo de triángulo, de tres, el representante del padre o la ley.

<sup>4</sup> Podemos ver reflejados en el significante “pulga” los conceptos que Lacan construye cuando habla de del dicho mención y dicho mansión, como “la casa del significante”.